

RUTA (2009), Nº 02| ISBN: 2013-0740

V. Saini. Al Qaida y el islamismo: dos fenómenos distintos



Al Qaida y el islamismo: dos fenómenos distintos

Al Qaida and islamismo: two different phenomena

Valentina Saini

valentina.saini@gmail.com

Facultat de Ciències de la Comunicació

Universitat Autònoma de Barcelona

Resumen: *A pesar del discurso mediático general, la identificación del fenómeno qaedista con el islamista, y del islamista con el terrorista, no es del todo acertada. Objetivo de este trabajo es contribuir a desmentir el prejuicio de que el Islam sea el motor único de la violencia qaedista, y criticar el uso sesgado que los medios de comunicación de masas a menudo hacen del término islamismo.*

Abstract: *Despite the general media discourse, the identification of the Al Qaida phenomenon with the islamist one, and of the islamist phenomenon with terrorism, is not totally right. The aim of the present paper is to contribute to the denial of the prejudice that Islam is the only reason for Al Qaida's violence, and to criticize the use media often do of the term Islamism.*

Palabras clave: Al Qaida, islamismo, países árabes, antiimperialismo, lenguaje.

Key words: Al Qaida, islamism, arab countries, anti imperialism, language.

Datos de la autora: Licenciada en Interpretación y Traducción en la Università di Trento, Italia. Master en Mediación Intermediterránea: Inversión económica e integración intercultural en la Universitat Autònoma de Barcelona, la Università Ca' Foscari di Venezia y la Université Moulay Ismail de Meknès, Marruecos. Doctoranda en Ciencias de la Comunicación y Periodismo en la UAB.

Introducción

En el marco de las relaciones euromediterráneas, y para alcanzar el objetivo de la construcción de un espacio de paz, seguridad y prosperidad compartidas, resulta imprescindible profundizar el conocimiento que tenemos de las sociedades y de los actores sociales de los países árabes. Parte importante de estos actores sociales la constituyen los movimientos islamistas. Sin embargo, en la actualidad, la nebulosa “islamista”, y la nebulosa de Al Qaida, han ido fundiéndose en el discurso mediático occidental acerca tanto del terrorismo internacional como de los actores sociales, a veces incluso partidos políticos, presentes en los países árabes.

En el presente trabajo, quiero concentrarme específicamente en Al Qaida, y poner de relieve la gran importancia de las reivindicaciones políticas de las que, durante un tiempo, ha querido afirmarse como portavoz, y la menor importancia del Islam en su ideología y en su discurso.

El objetivo es contribuir a desmentir la sensación y el prejuicio de que el Islam sea una religión que fomenta la violencia, y en todo caso el motor único de la violencia qaedista. También, se pretende criticar el uso que se ha afirmado en los medios de comunicación de masas del término *islamismo*, un uso caracterizado por la unión de los conceptos de islamismo y violencia, de islamismo y terrorismo, y por el olvido o la ignorancia del islamismo como proyecto político, social y de reivindicación de identidad, que parece responder a las exigencias de buena parte de las sociedades árabes y a mayoría musulmana, y que no se limita en absoluto al deseo de la reinstauración del califato o de la segregación de las mujeres.

Para alcanzar este objetivo, ante todo, parece necesaria una introducción sobre los países árabes, la sociedad civil en estos países y el islamismo. Antes de hacerlo, sin embargo, quisiera aclarar que ambos factores son extremadamente complejos y merecerían varios centenares de páginas por sí solos. Por esto, la presentación que de ellos se hará en este trabajo será absolutamente sintética, general e incompleta.

Pero parece imprescindible, a la hora de adentrarse en el fenómeno Al Qaida, empezar con una exposición, aunque sumaria, de este marco más general.

Sociedad civil, partidos y participación ciudadana en los países árabes

Para hablar de la sociedad civil en los países árabes es fundamental empezar recordando que se trata de una región en que la libertad política sigue sufriendo importantes restricciones.

Los países árabes son gobernados por regímenes más o menos represivos, aunque se hayan registrado grandes avances. Las libertades individuales son muy limitadas por no hablar de la libertad de expresión y de asociación.

En algunos de estos países sigue vigente el estado de excepción, lo cual significa que los gobiernos tienen la posibilidad de aplicar arbitrariamente mayores restricciones a los derechos y libertades fundamentales de sus ciudadanos.

La tortura sigue siendo un método ampliamente empleado, sea como técnica para obtener el máximo de las informaciones de los detenidos, sea como medio de disuasiónⁱ.

A pesar de los proyectos políticos de la comunidad internacional, en especial de EEUU con su Gran Oriente Medio, y de la Unión Europea con su Asociación Euromediterránea, que abogan y apuestan fuertemente para la instauración de la democracia en la región, por lo menos dos características parecen ser comunes a todos estos países. La crisis de legitimidad crónica de los gobiernos que, en general, no representan a las fuerzas sociales efectivamente presentes en sus sociedades, y la represión de los grupos capaces de movilizar una auténtica oposición y poner así en peligro el statu quo. En la mayoría de los casos, y sobre todo en Egipto, las restricciones y represiones más fuertes son dirigidas a las organizaciones islamistas y a los activistas de los derechos humanosⁱⁱ. Y no es que todo esto se verifique sin que los gobiernos de los países occidentales lo sepan, sino que los así llamados estados moderados son los principales aliados de Occidente contra el terrorismo internacional. Por esto no se critican en cuanto regímenes represivos y muy poco democráticos, como el caso de Egipto, gobernado desde ya 28 años por Hosni Mubarak.

Se trata de una esquizofrenia continua y consciente de tratamiento de la situación por parte de Occidente, determinada por sus intereses en la región, que no hace que provocar injusticias de las que las poblaciones de los países árabes son perfectamente conscientes. No es un caso que, según los resultados del Freedom Survey de 2003, publicados en el Informe sobre Desarrollo Humano Árabe, el 95% de los entrevistados de cinco países árabes (Marruecos, Algeria, Jordania, Palestina y Libano) ha afirmado considerar prioritaria, en su propia idea de libertad, la liberación

de todo tipo de ocupación y de influencia e injerencia extranjera en la regiónⁱⁱⁱ. El ejemplo más claro de este tipo de intervención es el embargo internacional impuesto a los Territorios Palestinos en 2006 y, desde junio de 2007, sólo a la Franja de Gaza, como consecuencia de la victoria electoral de Hamas. Hamas es un partido islamista, clasificado como terrorista por el Departamento de Estado de Estados Unidos y la Unión Europea^{iv}, y que ha ganado en enero de 2006, unas elecciones que han sido consideradas libres y regulares por parte de los observadores internacionales. En el pleno de la propaganda occidental sobre la necesidad de la promoción de la democracia en Oriente Medio para acabar con el terrorismo, la comunidad internacional decidió, como consecuencia de los resultados electorales, de imponer un embargo al gobierno de Hamas, que hasta el día de hoy no ha sido cancelado, y cuyo precio está siendo pagado por la población de Gaza.

El Informe sobre Desarrollo Humano Árabe de 2004 también cita cierta pasividad de la sociedad hasta en los momentos en los que se le garantiza cierta participación política, como las elecciones. Y es que los ciudadanos, que perciben tanto la crisis de legitimidad representativa de los gobiernos (que, por otra parte, parece imposible sustituir) como la ineficiencia de los partidos políticos a los que los gobiernos permiten constituirse y actuar, deciden no participar al juego democrático o, en algunos casos, optan por operar a través de acciones políticas clandestinas^v.

El Islamismo

Si queremos defender la tesis de que la asimilación de los fenómenos islamista y qaedista, y del islamismo y terrorismo, es superficial y dañina para la comprensión de los acontecimientos regionales y, no último, del entendimiento intercultural, es necesario hacer una revisión (aunque genérica e incompleta) del islamismo.

En general, al momento de su origen, el islamismo ha intentado encontrar en el Islam las soluciones a los problemas de desarrollo económico, político y social de los países árabes, respondiendo al mismo tiempo a las exigencias de una clase media y medio-baja, que se sentía excluida por los valores y hábitos de la cultura de los ocupantes occidentales. En el Islam, los islamistas veían un sistema divino según el cual se podía regular todas las dimensiones de la vida individual y social, las estructuras políticas, económicas y culturales. Además de esto, el Islam tenía que ser un código común a los musulmanes que, al momento del comienzo del islamismo, estaban pasando por un momento de profundo malestar. A través de la reconstrucción del Islam como estructura ideológica que uniera a todos los musulmanes, los islamistas pretendían

restituir también un sentimiento de pertenencia propia, orgullo y confianza a las sociedades musulmanas.

Como anticipado en la introducción, el fenómeno del islamismo es extremadamente complejo y sería imposible abarcarlo de manera completa en un trabajo de pocas páginas.

Presenta una gran variedad de corrientes y de opiniones, hasta dentro de un mismo grupo o partido. Se trata de corrientes que han ido naciendo y evolucionando de manera distinta, a veces incluso radicalmente distinta, según el contexto nacional o regional en el que hayan surgido y también según el momento histórico. Como todo movimiento, sus acciones y aportaciones al debate público son estrechamente vinculadas a la base de apoyo social de la que gozan y a las oportunidades externas. Como veremos, el islamismo en prácticamente todas sus variantes ha sufrido, en algún momento, la represión más o menos fuerte por parte del estado.

Para ilustrar, de manera muy general, la evolución del islamismo, me apoyaré en la explicación que de él hace el arabista François Burgat, quien individua tres momentos en la evolución del islamismo: el del “nacimiento”, en el siglo XIX, bajo las ocupaciones coloniales; el de la época de las naciones independientes que acababan de crearse, y el de los años 90, después de la caída del Muro de Berlín y del final de la guerra fría, con la consiguiente afirmación del nuevo orden mundial^{vi}.

Como anticipado, durante los regímenes coloniales, la irrupción de una cultura dominante exógena y la folklorización de la religión, de la cultura y de los valores históricamente propios a los países musulmanes, ha provocado la necesidad de una vuelta a una identidad endógena para contrastar el dominio político, cultural y económico al que se veían sometidas las poblaciones de los países árabes, y luchar para la independencia.

Una vez obtenida la independencia, las recién constituidas naciones árabes vieron el auge de los partidos nacionalistas y de la ideología panarabista. Sin embargo, estas ideologías sufrieron una pérdida de fuerza significativa después de la *Nakba* palestina de 1948, de la derrota final de los estados árabes contra Israel en 1967, y después de no haber conseguido el bienestar económico de la población a través de su política de modernización. También fallaron en promover sistemas democráticos de gobierno, ya que tomaron el poder unos déspotas que impusieron formas autoritarias de gobierno, reprimiendo fuertemente todo tipo de fuerza social o política que pudiera moverse en contra de su poder.

Una de ellas, y la más fuerte, era el islamismo. Un ejemplo es el caso de uno de los fundadores ideológicos del islamismo de Egipto, y en concreto de los Hermanos

Musulmanes, Sayyid Qutb, horcado por el gobierno de Nasser, después de haber sido sometido a años de detención, malos tratos y torturas.

Mientras que, durante esta segunda fase, la lucha del movimiento islamista estaba planteada en contextos nacionales, la tercera fase del islamismo individuada por Burgat consiste en una atención hacia los escenarios internacionales por parte del movimiento o, por lo menos, en un cruce entre las exigencias de lucha (pacífica o no) nacional con la internacional.

El desmoronamiento de la URSS ha llevado a la instauración de un nuevo orden mundial, cuyo centro de poder es Estados Unidos. Las ingerencias externas hacia los países árabes, lejos de agotarse junto con la guerra fría, han aumentado, siendo los ejemplos más evidentes las guerras del Golfo y, más recientemente, la invasión y ocupación de Irak.

Es en este contexto, durante el tercer momento del islamismo identificado por Burgat que, como se verá más adelante, se inserta la acción de Al Qaida.

A pesar de sus intenciones y de su capacidad para promover hábitos más propios de los musulmanes píos, como evitar el alcohol y regular las maneras de vestirse tanto para las mujeres como para los hombres, hacia la mitad de los años 90, estaba claro que los islamistas habían sido poco capaces de llegar a una solución real para conciliar el Islam con los estados que se habían constituido, sus sistemas de regulación y, en general, las dinámicas de globalización internacionales.

Como consecuencia de esto y de las represiones sufridas, el movimiento islamista, en general, ha pasado por una etapa de reflexión, profunda auto crítica y debates internos. Conciente de sus anomalías e incoherencias internas, a partir de los años '90 ha ido naciendo lo que muchos analistas denominan post-islamismo.

El experto arabista Bayat presenta el post-islamismo como un proyecto, a través del cual los islamistas están intentando construir una ideología que se centre más en la búsqueda de las garantías de derechos y libertades en el Islam, que en las obligaciones que éste conlleva.

También, el post islamismo subraya la necesidad de la reinterpretación de los textos sagrados, y promueve la pluralidad de estas reinterpretaciones, sin defender una lectura única y autoritaria. Muy importante es, además, el cambio que el movimiento ha vivido, focalizando sus atenciones y esfuerzos hacia el futuro y no ya hacia el pasado. En breve, mientras que el islamismo es definido por la fusión de religión y responsabilidades, el post-islamismo enfatiza la religión y los derechos^{vii}.

La franquicia “Al Qaida”

En los años que han seguido los acontecimientos del 11 de septiembre, ha surgido un número elevadísimo de publicaciones sobre Al Qaida. En ellas, Al Qaida y el fenómeno que parece arrastrar, han sido denominados de varias maneras: organización terrorista, terrorismo islamista, jihadismo internacional, fundamentalismo islámico internacional, movimiento salafista global, movimiento revolucionario, por nombrar algunas. Según algunos, Al Qaida en realidad ha dejado de existir como organización después del 11 de septiembre, debido al incesante acoso a la que sus altos mandos se han visto sometidos^{viii} y, según otros, Al Qaida no ha dejado de ser una organización muy peligrosa que está lejos de haber perdido todo su potencial destructivo^{ix}.

Como es normal, dado el elevadísimo número de publicaciones al respecto, también hay un gran número de opiniones sobre las acciones de al Qaida, sus líderes y sus componentes. Todas, sin embargo, utilizan tarde o temprano los términos “terrorista” e “islamista” para referirse a ellos y a sus actos.

Poco se tiene en cuenta el hecho de que ninguna organización internacional se ha puesto definitivamente de acuerdo sobre una definición concertada de este término, ya que hay unas tensiones internas al debate que parecen hacerlo una tarea imposible. Se trata sobre todo de las tensiones entre los que defienden una diferenciación entre terrorismo y legítima resistencia ante una ocupación y los que, por razones evidentes, se oponen a una distinción parecida.

Parece haber un malentendido entre (por hablar en términos muy genéricos) dos partes del mundo, sobre los términos a emplear a la hora de discutir de determinados asuntos. Mientras que, prácticamente para la totalidad de la población de Estados Unidos y de Europa occidental las acciones imputadas a la red de Osama Bin Laden son actos terroristas, el acuerdo sobre esta clasificación no es tan homogéneo entre las poblaciones de los países árabes o a mayoría musulmana.

Del mismo modo, la actual guerra contra el terror es llamada “guerra ilegal”, “terrorismo de estado” o “cruzada” según quién esté hablando de ella.

Como consecuencia de los atentados del 11 de septiembre, imputados a la red de Osama Bin Laden y por él mismo reivindicados pocos meses después, al Qaida y sobre todo sus altos mandos se han convertido en el enemigo público número uno para la comunidad internacional, especialmente para Estados Unidos.

Por tanto, las actividades de inteligencia y las guerras libradas en dos países, Afganistán e Irak, dirigidas a acabar con la organización y capturar su mandante, la han sometido a un acoso muy fuerte por el que muchos analistas hablan de una

fragmentación de Al Qaida. Una fragmentación tan significativa que, para muchos, es ya inadecuado hablar de una organización cuando se trata de Al Qaida. Debido a su estructura post-11 de septiembre, se habla mucho más de “red”. Una red constituida por numerosas células en varios países, cuya autonomía e independencia son muy fuertes con respecto a sus efectivas relaciones con los altos mandos. Se trataría de una operación de “franquicia” y de una sigla que goza de un reconocimiento tan elevado que cualquier organización que quiera utilizar método violentos para luchar contra las potencias internacionales o nacionales quiere hacerlo bajo la sigla de Al Qaida^x.

Siendo Al Qaida, entonces, una red de células, grupúsculos y organizaciones operativamente y estratégicamente muy independientes de la cúpula, ¿qué es lo que une tantos elementos? ¿Porqué, si después del 11-S las posibilidades de los altos cargos de controlar y organizar efectivamente las actividades de la organización se han agotado, sigue habiendo grupos e individuos que quieren actuar bajo el nombre de Al Qaida?

Parece ser por la ideología que Bin Laden, en especial, lleva años construyendo, desde antes de los atentados del 11 de septiembre.

El despertar político de Osama Bin Laden data en 1973, cuando tenía 16 años, durante la guerra del Yom Kippur en la que el apoyo aéreo estadounidense resultó decisivo para la victoria de Israel contra Egipto y Siria. Atendió cursos islámicos impartidos por Abdallah Asma (un Hermano Musulmán) y Mohammad Qutb, el hermano de Sayyd Qutb^{xi}. Sin embargo, la ideología de Bin Laden es muy sencilla, por lo que concierne la dimensión islámica: no tiene los estudios ni las competencias necesarias para la formulación de una ideología tan compleja como las que caracterizan la mayoría de las corrientes del islamismo.

Por esto comparto la opinión que, desde occidente, se tiende a dar demasiada importancia a la dimensión “islámica” de Al Qaida, y a minusvalorar su ideología y proyecto político. Sin embargo, prestando atención, resulta clara la importancia fundamental que tiene para Bin Laden la lucha contra Estados Unidos y las potencias occidentales y la aspiración a convertirse en la vanguardia del conjunto de los movimientos antiimperialistas que luchan contra el nuevo orden mundial^{xii}.

Al Qaida: una ideología antiimperialista

¿Durante cuánto tiempo serán el temor, la muerte, la destrucción, el desplazamiento, la orfandad y la viudedad nuestro único destino, y la seguridad, la estabilidad y la felicidad el vuestro?

Los medios de comunicación de masas occidentales llevan años hablando de Al Qaida y de su líder.

Sin embargo, muy pocos medios ha enteramente transmitido o transcrito los comunicados que Bin Laden ha estado enviando en estos años. “Las presiones oficiales han garantizado que, en su mayor parte, su voz haya sido tácitamente censurada, como si oírlo claramente y sin cortes o interrupciones fuera demasiado peligroso”^{xiv}.

Lo que resulta claro, al leer los comunicados de Osama Bin Laden es que es necesario, a la hora de hablar del terrorismo internacional impulsado por Al Qaida, distinguir entre el discurso religioso y el discurso político. Mientras que el primero es empleado de forma muy poco compleja, según los estándares de la jurisprudencia islámica, al segundo el autor dedica más espacio y más datos para suportar sus acusaciones.

El uso que Osama Bin Laden hace del *Quran* es el de un musulmán pío y devoto que conoce muy bien el libro sagrado y cita versículos específicos que avalen lo que está proponiendo a los musulmanes de todo el mundo: la guerra contra los cruzados norteamericanos y judíos.

Por ejemplo, dado que la justificación que él avanza para la guerra que está supuestamente luchando, y para los ataques directos en contra de civiles, es la reciprocidad, Bin Laden cita pasos del *Quran* que legitiman la guerra de defensa, como este:

«¿Por qué no ibas a combatir por la causa de Dios y por la de los hombres, mujeres y niños oprimidos que claman: ¡Señor, rescátanos de esta ciudad cuyos habitantes son opresores! ¡Por tu gracia, danos un protector que nos ayude!?»

La acusación principal que dirige a los dirigentes mundiales, en especial a los de Estados Unidos, es que la *umma*^{xv} lleva unos 200 años sometida a ataques, dominaciones, injusticias y desigualdades. No parece una consideración exagerada si tan solo reflexionamos y vemos que la línea de los ataques e intrusiones lleva 200 años en la misma dirección, de Occidente a Oriente, por así decirlo.

Bin Laden recuerda, en la mayoría de sus comunicados, las injusticias a las que son sometidos los musulmanes en muchas partes del mundo, a partir de Palestina, pasando por el Líbano, hasta Chechenia. En todos sus mensajes reivindica el derecho y la legitimidad de la reacción contra los ataques que las naciones a mayoría musulmana llevan décadas sufriendo.

“¿Quién ha dicho que nuestros niños y civiles no son inocentes y que derramar su sangre es admisible? (...) ¿Quién ha dicho que nuestra sangre no es sangre y que su sangre es sangre?”^{xvi}

Cuestiona el rol de defensores de la justicia y de la libertad de Estados Unidos y denuncia el *double-standard* que las potencias occidentales emplean a la hora de condenar firmemente los actos de los demás y presentar como “guerras preventivas” o “de defensa de los valores de la libertad y la democracia” su terrorismo de estado.

“¿Cuántos actos de opresión, tiranía e injusticia habéis perpetrado vosotros, los paladines de la libertad?”^{xvii}

“Todos los comportamientos, principios y valores tienen dos escalas: una para vosotros, y otra para todos los demás.”^{xviii}

De hecho, en las mismas naciones occidentales hay intelectuales, analistas y expertos que afirman prácticamente lo mismo. Noam Chomski ha, en varios escritos, denunciado la “doble escala” empleada por Estados Unidos y las acciones de terrorismo de estado que llevan años aplicando en varias áreas del mundo, así como Israel en Oriente Medio.

Muchos de ellos, Ignacio Ramonet, François Burgat, el mismo Chomski y muchos más en Occidente, así como desde otros países, denuncian las políticas irresponsables de los poderosos del mundo, el saqueo de los recursos naturales de otros países a cambio de dominación y miseria y, en definitiva, el orden mundial y el imperialismo norteamericano.

Y de hecho, si se presta atención, estas son parte del conjunto de críticas y acusaciones que el movimiento alter globalización hace a las naciones que dominan y dirigen el mundo.

Sin duda las víctimas del 11 de septiembre y de los atentados sucesivos, como el del 11 de marzo, eran inocentes y su asesinato ha sido un acto de cruel y despiadada violencia. Sin embargo, si intentáramos contar las víctimas que ha habido en el mundo a causa de décadas de políticas de ingerencia violenta (“guerras de baja intensidad” y demás) y las del terrorismo internacional, el número de los muertos seguiría siendo desproporcionadamente mayor fuera de Estados Unidos y de las demás potencias

occidentales, siendo el único dato común la inocencia de la inmensa mayoría de las víctimas.

Durante una entrevista concedida por Bin Laden a un periodista occidental, Meter Arnett, en 1997, el reportero le preguntó si la retirada de las tropas estadounidenses de Arabia Saudí hubiera puesto fin a su llamamiento al *yihad* contra Estados Unidos. Osama Bin Laden contestó que para encontrar la solución a una reacción es necesario individualizar el acto que la ha provocado, y poner remedio^{xix}.

En su mensaje al los estadounidenses, el 6 de octubre de 2002, Bin Laden explicó de manera clarísima las razones por las cuales él y sus aliados los habían atacado y estaban siguiendo en su *yihad*. También declaró qué era lo que se le pedía al pueblo norteamericano. La proporción dedicada al Islam en este comunicado es realmente mínima, comparada con las razones de tipo político que Bin Laden enumera. “¿Es de modo alguno racional esperar que cuando Estados Unidos lleva más de medio siglo atacándonos, nosotros lo dejemos vivir en paz y seguridad?”^{xx}. “Sois los que menos respetáis las resoluciones y las políticas del derecho internacional, pero afirmáis querer castigar selectivamente a cualquier otro que haga lo mismo. Israel lleva más de 50 años saltándose las resoluciones y los preceptos de Naciones Unidas, con ayuda de Estados Unidos”^{xxi}. “También os instamos a negociar con nosotros y a relacionarnos con nosotros sobre la base de los intereses y los beneficios mutuos, y no mediante la política de subyugación, el robo y la ocupación, y que abandonéis vuestra política de apoyo a los judíos porque esto hará que sufráis más desastres”^{xxii}.

Otro de los exponentes más importantes de la ideología de Al Qaida es el que se ha venido llamando el número dos de Bin Laden: Ayman al-Zawahiri. La trayectoria de este importante exponente de Al Qaida puede decirnos mucho sobre la ideología de la organización y las razones por las cuales puede resultar atractiva para cierto número de personas, aunque no todas, finalmente, acaben por unirse al terrorismo internacional.

Nacido en Egipto en 1951 de una familia prestigiosa de El Cairo, estudió medicina y fundó su primera asociación activista en 1966. En 1980, después de la invasión de Afganistán por parte del ejército soviético, al-Zawahiri se fue para ayudar como médico en un hospital afgano. A su vuelta, en 1981, fue detenido en el marco de una serie de redadas y detenciones arbitrarias ordenadas por el entonces presidente Sadat. En la cárcel fue torturado brutalmente y, a diferencia de otros activistas, cedió y reveló los nombres de algunos amigos, en contra de los cuales tuvo que testificar ante un juez.

Su proceso se celebró en el Cairo, en 1982. Entre los numerosos periodistas de la prensa internacional enviados para asistir, había Lawrence Wright que contó en un artículo escrito en 2002 que, en aquella ocasión, Ayman al-Zawahiri gritó a los periodistas: “Hemos sufrido un trato inhumano. Nos han apaleado, nos han flagelado con cables eléctricos. ¡Nos han dado descargas eléctricas! ¡Han usado perros salvajes! ¡Han detenido a nuestras mujeres, madres, padres, hermanas, hijos! ¿Dónde está la democracia? ¿Dónde está la libertad? ¿Dónde están los derechos humanos? ¿Dónde está la justicia? ¡No lo olvidaremos nunca! ¡No lo olvidaremos nunca!”^{xxiii}. Si tenemos en cuenta el uso sistemático de la tortura por parte de los regímenes de la región (hasta de los que Occidente llama “moderados) en contra de los defensores de derechos humanos y de los islamistas, no es difícil imaginar las razones por las cuales siguen habiendo jóvenes dispuestos a entrar en organizaciones del terrorismo internacional promocionado por Al Qaida, con todo lo que esto conlleva.

Y también parecen bastante obvias las razones por las cuales los mensajes de Osama Bin Laden no son transmitidos integralmente por los medios de comunicación occidentales sino que se encuentran en muy pocas publicaciones especializadas. Como han expreso varias veces los vértices de algunos países de Occidente, como Italia, se teme la fusión de la ideología de Al Qaeda con las de grupos de la izquierda radical (como las Brigadas Rojas) o de movimientos anárquicos, anti-sistema, antiglobalización que piensan recurrir a métodos violentos. El hecho es que el enemigo es el mismo: el orden mundial, el imperialismo norteamericano y las injusticias causadas por ellos. La ideología de Al Qaida es, básicamente, de tipo idealista^{xxiv} y la red se ha encargado, en pasado, del entrenamiento y “empleo” de convertidos al Islam, o sea que ser un musulmán “original” no es un criterio necesario para formar parte de la organización. Y, considerando su actual condición de fragmentación y relativa debilidad, no se puede excluir que, si Al Qaida encontrara aspirantes aliados y colaboradores en su lucha antiimperialista, podría considerar la alianza con sujetos y organizaciones no musulmanas.

Por esto Bin Laden, exponente del Islam suní, no excluye a los chiíes de la lucha, y habla de la *umma* islámica justamente para superar las diferencias doctrinales presentes dentro del Islam.

Una guerra de símbolos

Bin Laden lleva adelante otro tipo de guerra en sus discursos y comunicados: una guerra de símbolos. A través de su cuestionamiento de las “guerras justas” de occidente frente a la crueldad criminal y al fanatismo ciego y medieval imputados por

el sistema político y mediático occidental a toda clase de rebelión en contra de los poderes establecidos, Bin Laden está cuestionando las bases sobre las cuales se rige la legitimidad de las acciones de los gobiernos occidentales frente a sus ciudadanos y al mundo entero. Años de hegemonía informativa prácticamente absoluta por parte de los gobiernos occidentales han permitido a las élites construir una serie de discursos que legitiman los poderes dominantes y a causa de los cuales resulta difícil, a menudo, ver las cosas afuera de los esquemas simbólicos que estos discursos llevan años afirmando. Un ejemplo es el Islam. Después del 11 de septiembre se han multiplicado las publicaciones sobre Al Qaida pero también sobre el Islam. Como si fueran estrechamente vinculados. Además, para hacer otro ejemplo, es prácticamente imposible que en una publicación, un artículo o un debate cuyo argumento sea Al Qaida o el terrorismo internacional no se llegue, tarde o temprano, a nombrar el islamismo y el Islam. Se ha ido creando una confusión, una nebulosa llamada islamismo, en la que parece caber de todo y que genera, instintivamente, miedo. Miedo al Islam porque se le ha descrito muchas veces como una religión violenta que conlleva la tendencia al fanatismo, a hacer guerras en su nombre y a la destrucción de “nuestros valores”. Sin embargo, y a pesar de la propaganda y del discurso que los medios de comunicación de masas en Occidente han cuidadosamente ayudado las élites gobernantes a construir, el terrorismo internacional promovido por Al Qaeda, así como en el caso de los terroristas suicidas (o mártires o resistentes, según quien hable) de Palestina, tiene muy poco que ver con el Islam y mucho más que ver con el sentimiento de humillación, rabia, frustración y, en muchos casos, odio que se ha venido creando en varias regiones del planeta, y no sin razones.

Según Mellucci^{xxv}, “en sociedades que desarrollan fuertes presiones hacia la conformidad, la apelación a la diferencia tiene un significado explosivo para la lógica dominante”. Aunque en Occidente, muchos estén ya convencidos de la ilegalidad de la guerra y de la ocupación de Irak, la mayoría parece estar más o menos convencida de que no hay alternativa y de que la guerra contra el terror es la única manera posible de defender a nosotros mismos y a nuestros valores. No todos están dispuestos a reflexionar sobre si la guerra contra el terror y la persistencia del fenómeno Al Qaida y del terrorismo internacional están estrechamente vinculados, alimentándose recíprocamente.

Siempre según Mellucci^{xxvi}, la acción de los movimientos sociales, en el mismo contexto en el que las formas de poder que surgen de las sociedades contemporáneas se fundan en la capacidad de informar, es en sí misma un mensaje. Un mensaje cuyas formas simbólicas “iluminan «el lado oscuro de la luna»” y así el sistema de

significados que los poderes establecidos “intentan imponer a los acontecimientos individuales y colectivos” para asegurar la continuación de su dominio.

A través de sus mensajes, Osama Bin Laden intenta reclamar la legitimidad de recorrer a formas simbólicas y a un léxico que, normalmente, es permitido sólo a las potencias mundiales. Normalmente son ellas las que acusan y se defienden de los ataques injustificados de otros, mientras que en este caso, el intento de Bin Laden es luchar contra ellas y explicar las razones que le han llevado a hacerlo. Un aspecto interesante de Al Qaida es que, aunque no sea tan estrechamente vinculada al islamismo como se afirma normalmente, y aunque no sea un movimiento social, tiene unos elementos transversales en común con, por lo menos, algunas de las corrientes del movimiento islamista. Ante todo el léxico, la reivindicación del derecho a “volver a hablar en musulmán”^{xxvii}. En segundo lugar, y como se ha explicado, uno de los obstáculos comunes a las corrientes islamistas es la dificultad en el mundo árabe para acceder a los recursos políticos, ya sea por causas interiores, como la inmovilidad de casi todos los escenarios políticos legales, o exteriores, como la enorme asimetría de las relaciones de fuerza con el entorno occidental (e israelí) y sus continuas ingerencias. En este sentido, Al Qaida podría ser considerada como una *desviación*, para usar el término empleado por Wieviorka^{xxviii}, del movimiento social islamista. Según Wieviorka, las desviaciones tienden a verificarse en los momentos más graves de crisis, en los que las posibilidades de negociar con las estructuras dominantes parecen inexistentes, debido a situaciones políticas estancadas (y, en el caso de los países árabes, a las represiones durísimas que sufren normalmente los movimientos islamistas) lo cual hace que los actores decidan retirarse o recurrir a ideologías y prácticas radicales y violentas.

Como hemos visto, el movimiento islamista ha pasado y sigue pasando por momentos muy duros, que consisten a menudo en represiones e imposibilidad de participar en la política de la mayoría de los países árabes. Así que, aunque no abunden datos biográficos sobre muchos miembros de Al Qaida, no es del todo inverosímil que, como consecuencia de las represiones por parte de los gobiernos, de la imposibilidad de participar a procesos políticos legales y legítimos y de la inmovilidad de los escenarios políticos nacionales, algunas personas anteriormente pertenecientes a movimientos islamistas que no emplean la violencia, hayan pasado a las filas de Al Qaida. Por el hecho de que, además, las presiones exteriores para mantener en el poder a algunos de los gobernantes más despóticos de la región es muy bien conocida por parte de los ciudadanos árabes, la ideología de Al Qaida puede ser especialmente atractiva, ya que promueve la lucha contra el enemigo principal, y la causa de todo: el imperio.

Conclusiones

Si el islamismo puede ciertamente ser considerado un movimiento social^{xxix}, está claro que Al Qaida no lo es. No tiene ningún proyecto político o social, no es un actor protagonista de un conflicto. Parece haberse convertido en el simple promotor de una guerra sin fin, en la que las partes combatientes y sus argumentos podrían seguir alimentándose recíprocamente por muchos años más, causando ulteriores injusticias y sufrimientos en ambos lados, aunque seguramente en proporciones diferentes. No avanza propuestas dirigidas a abrir nuevos espacios de negociación, salvo en casos muy poco frecuentes y en los que, de todos modos, las propuestas no son especialmente elaboradas si las comparamos con las reivindicaciones y las acusaciones. Su objetivo parece ser la pura venganza, la restitución de las mismas violencias sufridas por grandes partes de la *umma* islámica. Su ideología puede ser tan atractiva para tanta gente justamente porque da voz a la rabia, la humillación y la frustración de grandes cantidades de personas que viven en los países a mayoría musulmana.

Su persistencia en la escena internacional y la continuidad con la cual parece poder reclutar a *yihadistas* procedentes de países y condiciones sociales y económicas muy variadas deberían constituir por sí solas señales muy fuertes de que el problema que Al Qaida está poniendo en evidencia persiste y parece agravarse cada día. Se trata de la enorme injusticia que caracteriza las relaciones internacionales en un mundo globalizado pero gobernado por muy pocos. Un mundo de economías y reglas de mercado salvajes, saqueo de recursos y distribución de las riquezas mundiales crónicamente desigual. Y se trata también de la continua deslegitimación y represión del movimiento islamista en todas sus formas, tanto por parte de los regímenes árabes como por parte de la comunidad internacional, que deja bien pocas posibilidades a la afirmación de un juego democrático pacífico, legítimo y realmente representativo de las fuerzas sociales realmente presentes en estos países.

Por esto consideramos tan importante la distinción clara entre el fenómeno qaedista y el islamista, y entre el islamista y el terrorista. El islamismo no es un bloque uniforme ni homogéneo, es un fenómeno extremadamente variado y complejo y el sólo hecho de no entenderlo fácilmente no puede justificar su deslegitimación y represión permanente.

Una regla que se ha ido afirmando infaliblemente en la historia, es que en una situación de injusticia y desigualdad crónicas, tarde o temprano los que dominan el juego tendrán que afrontar la rebelión de los dominados.

Está claro que lo que deslegitima definitivamente a un actor como Bin Laden es su violencia, su filosofía ciega de la reciprocidad: terror por terror, muerte por muerte, destrucción por destrucción. Sin embargo, la misma consideración debería ser también la base para juzgar la legitimidad de algunos líderes occidentales y cuestionar su derecho a seguir ocupando impunemente altos cargos en sus naciones.

La deslegitimación de los actores de un conflicto tiene que producirse cuando éstos usen la violencia y las armas, pero este criterio debe ser considerado como válido y empleado para juzgar a todas las partes. De otro modo, las radicalizaciones y las espirales de violencia son inevitables.

“Ojo por ojo, y el mundo se quedará ciego”

MOHANDAS KARAMCHAND GANDHI

ⁱ Amnesty International, 2008, p. 52 y 55.

ⁱⁱ Informe sobre Desarrollo Humano Árabe, 2004, p.131

ⁱⁱⁱ Informe sobre Desarrollo Humano Árabe, 2004, p.98

^{iv} <http://www.state.gov/s/ct/rls/rpt/fto/2801.htm>,
<http://www.guardiacivil.org/terrorismo/grupos/lista.jsp>

^v Informe sobre Desarrollo Humano Árabe, 2004, p. 132

^{vi} Burgat, F. 2006

^{vii} Bayat, A. 2007

^{viii} Jackson, B. 2006

^{ix} Merlos, A. 2006

^x Hoffman, B. 2004

^{xi} Lawrence, B. 2007

^{xii} Roy, O. 2004

^{xiii} Osama Bin Laden en Lawrence, B. 2007, p. 214

^{xiv} Lawrence, B. 2007, p. 9

^{xv} En la religión islámica, la *Umma* representa la comunidad de los y las creyentes, un concepto que supera las fronteras nacionales y regionales y se basa en la pertenencia de todos y todas los musulmanes a una misma comunidad.

^{xvi} Osama Bin Laden en Lawrence, B. 2007 p. 153.

^{xvii} Osama Bin Laden en Lawrence, B. 2007, p. 209.

^{xviii} Osama Bin Laden en Lawrence, B. 2007, p. 209

^{xix} Lawrence, B. 2007, p. 76.

^{xx} Lawrence, B. 2007, p. 205

^{xxi} Lawrence, B. 2007, p. 210.

^{xxii} Lawrence, B. 2007 p. 212

^{xxiii} Wright, I. 2002

^{xxiv} Hellmich, C. 2008

-
- ^{xxv} Mellucci, A., 1994
^{xxvi} Mellucci, A. 1994
^{xxvii} Burgat, F. 2006
^{xxviii} Wieviorka, M. 2005
^{xxix} Wiktorowicz, Q. (2004): *Islamic Activism: A social movement theory approach*. Bloomington, Indiana University Press

BIBLIOGRAFÍA

Amnesty International (2008): *Amnesty International Report 2008: The State of the World's Human Rights*.

<http://thereport.amnesty.org/document/60>

ARAB GULF PROGRAMME FOR UNITED NATIONS DEVELOPMENT ORGANIZATIONS (2004): *Arab Human Development Report 2005: Towards freedom in the Arab world*. United Nations Development Programme, Arab Fund for Economic and Social Development.

BAYAT, A. (2007): *Islam and Democracy: what is the real question?* ISIM paper 8, Amsterdam University Press ISIM/Leiden.

https://openaccess.leidenuniv.nl/dspace/bitstream/1887/12452/1/paper_bayat.pdf

BURGAT, F. (2006): *El islamismo en tiempos de al-Qaida*. Edicions Bellaterra, S.L., Barcelona.

HELLMICH, C. (2008): *Creating the ideology for Al Qaeda: from hypocrites to Salafi-Jihadistes*. Studies in Conflict & Terrorism.

HOFFMAN, B. (2004): *The changing face of Al Qaeda and the global war on terror*. Studies in Conflict & Terrorism.

JACKSON, B. (2006): *Groups, networks or movement: a command-and-control-driven approach to classifying terrorist organizations and its application to Al Qaeda*. Studies in Conflict & Terrorism.

LAWRENCE, B. (ed) (2007): *Mensajes al mundo: los manifiestos de Osama Bin Laden*. Foca S.L., 2007 para edición española

MELLUCCI, A. (1994): *¿Qué hay de nuevo en los movimientos sociales?*, en LARAÑA, E. y GUSFIELD, J. (2002): *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

MERLOS, A. (2006): *Al Qaeda: raíces y metas del terror global*. Madrid, Biblioteca Nueva.

ROY, O. (2004): *Al-Qaida, label ou organisation?* Le monde diplomatique, septiembre 2004.

WIKTOROWICZ, Q. (2004) *Islamic Activism: A social movement theory approach*. Bloomington, Indiana Press University.

WIEVIORKA, M. (2005): *After new social movements*. Social movement studies.